

CIORAN SOBRE LA MÍSTICA

Pequeño breviario improvisado

Juan Antonio Ruescas Juárez

PRESENTACIÓN

Si nos empeñásemos en determinar en qué sentido Légaut y el conjunto de sus lectores pertenecen a una misma “familia espiritual” (empeño tan inútil como innecesario), sin duda Emil Cioran (1911-1995) no pertenecería a tal familia. En la obra de este ensayista rumano ⁽¹⁾ se percibe un peculiar nihilismo, una personal actitud escéptica e incluso algo de lo que Légaut llamó «fatalismo», actitudes en las que, al autor de *El hombre en busca de su humanidad*, le parece percibir una especie de desistimiento de la búsqueda espiritual, una renuncia a la propia humanidad, a la búsqueda del sentido (renuncia no del todo clara ni sincera, pues afirma en su vehemencia lo que pretende negar en su discurso).

Con todo, es posible que Cioran esquive esta posible crítica y termine revelando su propio modo de consistencia, pues no es precisamente «vehemencia» lo que muestran sus escritos, y sí cierta serenidad de ánimo. Bien sabemos que la

(1) Es casi un lugar común señalar y celebrar (no sin motivo) la feliz coincidencia de que, más o menos en las mismas décadas del siglo XX, una serie de intelectuales y escritores de origen rumano hicieron aportaciones originales, insustituibles para la cultura europea contemporánea. Junto a Cioran, se suele recordar Mircea Eliade (historiador de las religiones), Eugène Ionesco (principal autor del “teatro del absurdo”) y Paul Celan (poeta rumano de orígenes judíos, si bien escribió en alemán). Aunque menos conocido, sin duda el lingüista Eugenio Coseriu merece también figurar en esta nómina de rumanos ilustres.

vida espiritual no es específicamente cristiana; ni siquiera es necesariamente religiosa, por lo que –¡quién sabe!– quizá la entereza y la honestidad de algunos pesimistas radicales sean indicio de que, en ellos, la «fe en sí mismo» no está del todo ausente.

Ocurre además que una tradición tiene siempre mucho que meditar a partir de lo que se dice de ella «desde fuera». Los cristianos –y, en general, las personas religiosas– deberían estar contentos y agradecidos ante ciertos escritos que los ateos han dedicado a su tradición, o al fenómeno religioso en general. En efecto, los buenos textos sobre religión y espiritualidad escritos por ateos cabales no tienen precio.

Por todo ello creo que será provechosa la lectura de estos jugosos fragmentos de Cioran sobre la mística. Los que aquí propongo pertenecen a un libro de 1956: «La tentación de existir». Comienzan con una advertencia: si ya es vano buscar coherencia cuando se habla de ciertos filósofos que nunca aspiraron a crear un sistema, lo es mucho más en el caso de los místicos. Esta resistencia de la mística a ser presentada como sistema se enraíza en su carácter audaz. La espiritualidad del místico, como la del hereje, es desbordante. Su modo de existencia requiere vigor. Vigor que no se da en épocas de mediocridad, épocas en las que las relaciones con lo absoluto carecen de autenticidad, épocas en las cuales la falta de vigor hace que el absoluto que muchos se traen entre manos solo pueda ser «importado», o «heredado».

Sugiere Cioran que Dios «le debe todo» al místico. Lo debe a su dureza, no a su dulzura. Dios, «la única ficción que vale la pena», es nada, y es el místico quien trata con ella. Esta «nada» del místico no le parece a Cioran «abstracta y falsa», como la de los filósofos; la nada del místico «brilla de plenitud».

En los fragmentos que propongo, Cioran retrata la mística como un fenómeno subversivo. Si este es su carácter, ello

se debe, en buena medida, a lo que tiene de fenómeno del lenguaje. Comprometidos en la expresión de lo inexpresable, los místicos terminan siendo sospechosos por la forma antes que por el contenido, por el estilo más que por las ideas. Si está en la tradición cristiana, el místico ha de forjar su propio lenguaje; estando, como está, más interesado en «Dios» que en «Jesús», puede repetir, sí, ciertas oraciones, pero lo hace solo porque tiene la pequeña debilidad de no desentenderse completamente de compromisos con su entorno.

Si el cristianismo integrase la disidencia de los místicos y los herejes, aprovecharía un alimento insustituible. Si las iglesias fuesen más sabias, entenderían que los herejes y los místicos les son necesarios. Según sugiere Cioran, ello es así hasta el punto de que el fin de la mística (como el fin de las crisis heréticas) manifiesta la decadencia del cristianismo.

Lo que coloca al místico en situaciones de marginalidad o de conflicto no es la tiranía de su ego, no son las servidumbres procedentes de una excesiva fidelidad al yo. Muy al contrario, la existencia del místico la entiende Cioran en estas páginas como una lucha interior. El místico, por muy «hereje» que sea, solo en apariencia se enfrenta a su entorno o a otras personas. Su verdadera polémica es consigo mismo.

Propongo una serie de fragmentos muy breves, a modo de colección de citas, despreocupándome de ofrecer su contexto completo. Lo hago así por dos razones. La primera es que, según creo, así se transmite mejor el talante de Cioran, que es poco sistemático. La segunda es que, así presentados, los fragmentos invitan mejor a una reflexión libre y personal, que cada uno hará a su manera y a su ritmo.

«LA TENTACIÓN DE EXISTIR» (1956)

FRAGMENTOS

Emile Cioran

El místico desvirtúa su experiencia al expresarla, tanto como el erudito desvirtúa al místico al comentarlo. ⁽²⁾

* * *

La obsesión del sistema [es] sospechosa cuando se aplica al estudio de los místicos. Pase todavía en el caso de un maestro Eckhart (...) Pero, ¿qué decir de un Angelus Silesius, cuyos dísticos se contradicen a placer y no poseen más que un tema común, Dios, quien es presentado bajo tantas caras que es difícil identificar la verdadera? El *Peregrino querubínico* ⁽³⁾, serie de afirmaciones irreconciliables, espléndidamente confusas, no expresa más que los estados estrictamente subjetivos de su autor.

* * *

Es un error sobre la mística suponer que deriva de un reblandecimiento de los instintos, de una savia comprometida. Un Luis de León, un San Juan de la Cruz, coronaron una época de grandes empresas y fueron necesariamente contemporáneos de la Conquista.

* * *

⁽²⁾ E. M. Cioran. *Adiós a la filosofía y otros textos*, Prólogo, traducción y selección de Fernando Savater, Madrid, Alianza, 2016 [1980], pp. 92-106. No propongo los fragmentos exactamente en el mismo orden que sigue la citada edición.

⁽³⁾ El Maestro Eckhart (1280-1328) fue un teólogo y místico alemán. El *Cuaderno de la diáspora* 21 (2009) incluye una presentación de este autor y una selección de textos suyos, a cargo de J. Amado Robles. En cuanto a Angelus Silesius (1624-1677), se trata de una figura tardía de la mística europea. Su obra más importante, cuyo título original era larguísimo, se terminó conociendo como *El peregrino querubínico*. Se ha relacionado a Silesius con otros místicos anteriores como Taulero, Juan de la Cruz y, sobre todo, el mencionado Maestro Eckhart (aunque, en este fragmento, Cioran señala las diferencias entre ambos).

Suspiro insolente de la criatura, la piedad es inseparable de la energía y el vigor. Port-Royal, pese a su apariencia idílica, fue la expresión de una espiritualidad desbordante. Francia conoció allí su último momento de interioridad. A continuación ya no pudo volver a encontrar exceso y fuerza más que en el laicado: hizo la Revolución tras la implantación de un catolicismo edulcorado, que es todo lo que podía emprender. Habiendo perdido la tentación de la herejía, se había hecho estéril en inspiración religiosa.

* * *

La mística es una aventura, una aventura vertical.

* * *

[La mística] ...se diferencia de esas otras doctrinas de la decadencia, de las que lo propio es no provenir del manantial, sino venir *de otra parte*, como las que de Oriente fueron trasplantadas a Roma. De este modo solo respondían al apetito de marasmo de una civilización incapaz de crear una religión nueva o de adherirse todavía a los prestigios de la mitología. Lo mismo ocurre con los místicos de hoy, con su absoluto *importado* para uso de debiluchos y decepcionados.

* * *

Insumisos por vocación, desenfrenados en sus oraciones, los místicos juegan, temblando, con el cielo. La Iglesia los ha rebajado al rango de pedigüeños de lo sobrenatural, a fin de que, fastidiosamente civilizados, puedan servir de «modelos». Sabemos, empero, que fueron, en sus vidas y en sus escritos, fenómenos de la naturaleza y que no podía sucederles mayor desgracia que caer en manos de los curas. Nuestro deber es arrebatarlos: solo a ese precio el cristianismo podrá aspirar a una precaria duración.

* * *

[A los místicos] ...se les supone dulces, pero no hay seres más duros. (...) Ávidos de todo tipo de llagas, hipnotizados

por lo insólito, emprendieron la conquista de la única ficción que vale la pena; Dios les debe todo: su gloria, su misterio, su eternidad. Prestan existencia a lo inconcebible, fuerzan la nada para animarla: ¿Cómo la dulzura podría realizar tal hazaña?

* * *

En contraposición con la nada, abstracta y falsa, de los filósofos, la suya [de los místicos] brilla de plenitud: goce fuera del mundo, alzamiento de la duración, aniquilación luminosa más allá de los límites del pensamiento. (...) Ninguna huella de lo real, bien lo saben, subsiste tras el paso, tras las devastaciones de la clarividencia. *Nada es*, tal es su punto de partida, tal es la evidencia que han conseguido vencer y rechazar para llegar a la afirmación: todo es. Hasta que no hayamos recorrido el camino que les ha conducido a una conclusión tan sorprendente no estaremos en pie de igualdad con ellos.

* * *

Ya en la Edad Media ciertos espíritus, cansados de reiterar los mismos temas, las mismas expresiones, debían, para renovar su piedad y emanciparla de la terminología oficial, recurrir a la paradoja, a la fórmula seductora, ora brutal, ora matizada. Así, por ejemplo, el maestro Eckhart. Por riguroso y preocupado de coherencia que estuviese, era demasiado escritor para no parecer sospechoso a la Teología: su estilo, más que sus ideas, le valió el honor de ser convicto de herejía. (...) Como todo herético, pecó por la forma.

* * *

Enemiga del lenguaje, la ortodoxia, religiosa o política, postula la expresión prevista. Si casi todos los místicos tuvieron conflictos con la Iglesia, es porque tenían demasiado talento; la Iglesia no exige ninguno, no reclama más que la obediencia, la sumisión a su estilo.

La Inquisición no hubiera quizá existido jamás si el catolicismo hubiese tenido más indulgencia y comprensión

por la vida del lenguaje, por sus desvíos, su variedad y su invención.

* * *

Otras razones concurren a hacer del místico un hereje. Si le repugna que una autoridad externa reglamente sus relaciones para con Dios, no admite tampoco una injerencia más alta: apenas tolera a Jesús.

* * *

Nada acomodaticio, [el místico] debe, sin embargo, prestarse a ciertos compromisos, murmurar las oraciones recomendadas, prescritas, a falta de poder improvisar siempre nuevas. Perdonémosle esta debilidad. (...) Sabemos que no cae en ella a menudo, que gusta de innovar rezando, que inventa de rodillas y que esta es su manera de romper con el dios común.

* * *

Se adivina la razón por la que el cristianismo se muere y por la que la Iglesia, privada de apologistas y de detractores, no tiene ya a quien alabar ni a quien perseguir. Escasa de herejes, renunciaría gustosa a exigir obediencia si, como contrapartida, vislumbrarse entre los suyos un exaltado que, dignándose atacarla, se la tomase en serio, y le diese alguna esperanza, algún motivo de alarma. ¡Albergar tantos ídolos y no avizorar en lontananza ningún iconoclasta!

* * *

Acontecimiento considerable: los dos mayores poetas modernos, Shakespeare y Hölderlin, han dejado *de lado* el cristianismo. Si hubiesen padecido su seducción, hubieran creado una mitología propia y la Iglesia hubiera tenido la dicha de contar en sus filas dos herejes más. Sin dignar meterse con la Cruz, ni mucho menos alzarla hasta su altura, el uno fue más allá de los dioses y el otro resucitó los de Grecia. El primero se elevó por encima de la oración, el segundo invocaba un cielo que sabía impotente, que prefería

difunto: el uno es precursor de nuestra indiferencia, el otro de nuestras nostalgias.

* * *

Al fenómeno místico le falta continuidad: se expande, alcanza su apogeo, y después degenera y acaba en caricatura. Tal fue el caso del florecimiento religioso en España, en Flandes o en Alemania. Si, en las artes, el epígono a veces logra imponerse, nada, por el contrario, más lamentable que un místico de segunda categoría, parásito de lo sublime, plagario de éxtasis. Puede jugarse a la poesía, puede incluso darse la ilusión de la originalidad: basta con haber penetrado en los secretos del oficio. Estos secretos apenas cuentan a los ojos del místico.

* * *

Su pensamiento [del místico] afirma la existencia de los otros por cálculo, por artificio: es una estrategia sin mayores consecuencias. Su pensamiento se reduce, en última instancia, a una polémica consigo mismo ⁽⁴⁾.

* * *

[El místico] desgasta sus sentidos en el roce con lo indestructible, lo contrario que el poeta, que los desgasta en el roce con lo provisional. (...). [El poeta y el místico son] dos gozadores en niveles diferentes. Tras haber paladeado las apariencias, el poeta no puede olvidar su sabor; es un místico que, a falta de poder elevarse a la voluptuosidad del silencio se limita a la de la palabra. Un charlatán de calidad, un charlatán *superior*.

⁽⁴⁾ Unos versos de Antonio Machado, más de una vez recordados por los lectores españoles de Légaut, parecen hasta cierto punto afines: «No extrañéis, dulces amigos, / que esté mi frente arrugada; / yo vivo en paz con los hombres / y en guerra con mis entrañas» («Proverbios y cantares», XXIII [*Poesía y prosa*, II, CXXXVI, Madrid, Espasa Calpe, 1988, -p. 573-574-])